

— Pues vete, dijo, y procura no dejarlo salir en una hora; de lo demás me cuidaré yo.

Camila se marchó presurosa. El cura cogió el sombrero y fué á hablar con el subteniente de carabineros, que era un veterano franco, y le rogó amistosamente que aquella noche hiciera vigilar la casa de Carlos, explicándole el motivo. El subteniente llamó á dos carabineros con voz estentórea (que no era su voz natural, sino una fingida que sólo usaba en los actos del servicio), dió la orden refunfuñando, y luego añadió para sí encendiendo la pipa: «¡Bien me daba el corazón que algún día tendría que habérmelas con esa cara de pocos amigos!»

XIV

Eran las nueve de la noche. La familia de Carlos y de Camila estaba en una pequeña habitación de la planta baja, sentada alrededor de una mesa, y Camila en un rincón al que apenas llegaba la claridad de una lámpara que servía para todos. Carlos estaba en su cuarto, que era una pequeña pieza baja de la casa de los amos, situada enfrente de la de los mozos, donde se hallaba Camila, y entre las cuales estaba la era. La pobre abrigaba alguna confianza, por más que el cura no le hubiese dicho qué se proponía hacer para disuadir al joven de su resolución. De cuando en cuando se asomaba á la ventana; la niebla era muy densa, no se veía el campo ni las estrellas, y lo único que rompía la obscuridad era la ventanita alumbrada del cuarto de Carlos. Camila la miraba fijamente, casi sin pestañear, y ora le parecía que se agrandaba como la boca de un enorme horno que se movía hacia ella, ora la veía empequeñecerse hasta reducirse á un punto luminoso que se iba alejando. Todo estaba silencioso en el aire, en el campo,



¡Carlos, no me levantaré de aquí si no me juras antes que no me abandonas!..

dondequiera; no se oía más que alguna rara voz lejana, ó un retintín de campanillas producido por algún rebaño rezagado.

De pronto le pareció oír pasos en la era, miró con atención, y en efecto vió que alguien andaba por ella. Sospechó que fuese Carlos y dió un paso como para lanzarse fuera; mas notó al punto que el hombre se dirigía hacia la casa y dijo para sí: «Es el cura,» y respiró. A los pocos momentos vió dos sombras negras en la pared del cuarto de Carlos, y repitió: «Es él.»

No era el cura, sino Marcos.

Camila volvió á sentarse en su rincón y dijo á sus parientes:

— El cura ha venido á ver á Carlos.

Los parientes, que también habían adivinado por la expresión del joven que se proponía hacer alguna diablura, aun cuando no se cuidaban gran cosa de ello, contestaron:

— Con tal que consiga hacerle sentar la cabeza...

Poco después se levantaron todos y dieron las buenas noches á Camila, diciéndole:

— Si viene el cura, recíbelo tú y dile que como estábamos cansados nos hemos ido á acostar, que nos dispense, y dale las buenas noches en nuestro nombre. Tú, pequeño, quédate aquí acompañándola.

El hermano de Carlos se quedó con Camila.

Un minuto después llamaron á la puerta, y Camila fué á abrir: era el cura. Le miró á la cara para adivinar si había conseguido algo. El sacerdote, al pasar, había visto á los dos carabineros de centinela, y satisfecho de su obra, sonrió. La joven, observando su sonrisa, pensó: «¡Lo ha logrado!» y le cogió una mano y se la besó en un arranque de alegría y de gratitud.

El cura se sentó entre Camila y el niño, á la luz de la lámpara, y empezó á hablar para animarlos un poco. La joven le interrumpía de vez en cuando para escuchar si se hacia algún ruido en la casa.

El cura hablaba de Carlos.

— ¿Quién duda que es muy dura la vida del soldado?, decía. Pero hay que tomarla como una prueba que Dios nos envía para ver si tenemos bastante fortaleza en la virtud y en el bien, para resistir las tentaciones y afrontar los peligros. Tiene poco mérito el ser bueno y virtuoso en una aldea, donde se trabaja desde la mañana hasta la noche, y está uno rodeado de personas que le quieren y nos dan ejemplo de buenas costumbres y de devoción; en este caso, hay que buscar lo malo ó sacarlo de nosotros mismos, y no se necesita gran fuerza para no hacer lo uno ni lo otro. Lo difícil es mantenerse en el buen camino entre quien va por el malo y procura también llevarnos por él: el que logra mantenerse en el primero, ¡ese sí que ha adquirido un gran mérito á los ojos de Dios! Así pues, hay que considerar más bien como una fortuna que como una desgracia esta ocasión que nos presenta de hacernos aceptos á Él de un modo particular, conservando el corazón puro y honesto del buen campesino bajo el capote del bravo soldado. Carlos será lo uno y lo otro; porque si bien es algo reservado y orgulloso, en el fondo es religioso, y quien tiene verdadera religión no carece de valor, y que diga la gente que para ser soldado valeroso se necesita no creer en nada y reirse del que cree en algo. Para arrostrar la muerte con corazón firme y sereno, es preciso ver á alguien cuando se presente á decirle: «¡Te espero!» y cómo arriesga con más valor esta vida el que cree que después de ella hay otra, que aquel que perdiéndola cree perderlo todo, y debe hacer el sacrificio sin esperanza de

premio. Y cree que de estas cosas no se ríe en la guerra como se ríe en la paz. Cuando el ejército piemontés...

— ¿No ha oído usted una voz, señor cura?, preguntó Camila interrumpiendo á D. Luis en su interesante relato.



Callaron los tres y se pusieron á escuchar

El cura se calló y escuchó un rato, y luego prosiguió:

— No es nada. Cuando el ejército piemontés estaba en Crimea, reinaba allí el cólera. Morían treinta, cuarenta, cincuenta soldados cada día. Decíase que la guerra duraría años y años; ninguno esperaba volver á la patria; todos estaban resignados á morir sin volver á ver á sus familias; todos desalentados, tris-

tes. Sin embargo, todos los domingos al salir el sol, al clamor de los tambores y trompetas, aquel reducido ejército se congregaba en una gran llanura desierta, se formaba en tres lados, dejando el cuarto vacío, y allí se disponía un altar y se decía misa. Los generales se situaban junto al altar. De cuando en cuando las filas compactas de los regimientos se abrían á trechos para retirar algún soldado atacado del mal. La banda tocaba piezas que recordaban á todos aquellos pobres jóvenes su lejano país y los alegres años pasados en la casa; el cielo estaba despejado y brillaba un sol que hacía resplandecer las bayonetas; se sentía á lo lejos el estampido de los cañones de los rusos; era un espectáculo que hasta al bravo general La Mármora, que mandaba á todos nuestros soldados y quería mostrarse hombre de hierro, le corrían las lágrimas por las mejillas á la vista de los que estaban cerca de él. Pues bien, cuantos han estado allí lo aseguran: en aquel momento no había ninguno que no sintiese necesidad de elevar el corazón y la mente á Dios y que no pronunciase algunas palabras de rezo. Generales, soldados, viejos, jóvenes, sanos, heridos, todos estaban unidos en un solo sentimiento y en una sola idea: «Buen Dios, protege á nuestras familias lejanas de nosotros, nuestra vida, nuestra bandera; infúndenos fuerza y valor, y concédenos la gracia de que volvamos á ver nuestro querido Piamonte.» Y terminada la misa, volvían otra vez todos á sus campamentos con el alma más serena y el corazón más fuerte...

En aquel momento se oyó un rumor: callaron los tres y se pusieron á escuchar: nada; reinaba el más profundo silencio; apenas se oía el movimiento de las hojas de una parra sujeta á los hierros de la ventana.

De pronto, rompió aquel silencio una voz desconocida que

salía del cuarto de Carlos y que gritó de un modo sonoro: «¡Abajo!»

Camila perdió el color: reinó otro momento de silencio.

Luego resonó otra vez aquel grito de mal agüero: «¡Abajo!»

Y en seguida un golpe fuerte, como de algo pesado que cae de lo alto, y al mismo tiempo un agudísimo grito de dolor, seguido de un largo y sordo lamento.

El cura, Camila, el muchacho, helados de espanto, se lanzan á la era hacia el cuarto de Carlos.

Antes de llegar á la puerta oyen á la otra parte de la casa un tiro de fusil.

Sobrecogidos de nuevo terror, casi fuera de sí, prorrumpiendo en fuertes gritos, se precipitan hacia la puerta, pero la encuentran cerrada. Lllaman, vocean: nadie contesta. En el cuarto de Carlos seguía habiendo luz. Volvieron á llamar sin obtener respuesta. Piden socorro y entonces llega un carabinero diciendo:

— ¡Se le ha cogido!

— ¿A quién?, preguntaron á una Camila y el cura.

— Se ha oído un grito, contestó el carabinero, un grito como el de un hombre asesinado, y al poco rato un hombre ha saltado por la ventana al campo y ha echado á correr. Nosotros le hemos perseguido dándole la voz de «¡alto!» pero ha seguido corriendo. «¡Es el asesino!» hemos pensado, y volvemos á gritar: «¡Alto!» No contesta, y entonces mi compañero le ha disparado un pistoletazo; el hombre ha caído, le hemos alcanzado, y ha resultado que era Marcos, el licorista: la bala le ha destrozado el brazo.

— ¡Carlos! ¡Carlos!, gritaba desesperadamente Camila, pegando puñetazos y arañando la puerta.

Llegaron en esto los mozos con picos y hachas, y en pocos

momentos derribaron la puerta, y todos se precipitaron en la habitación, Camila la primera. Vieron á Carlos tendido boca arriba en la cama; miraron la mesita y estaba salpicada de sangre; en el suelo había un charco de ella; se acercaron á la cama y la vieron ensangrentada. De pronto Camila sintió algo debajo de su pie, se inclinó, miró..., y lanzando un desgarrador alarido de terror y repulsión, cayó sin sentido.

Había recogido el dedo índice de la mano izquierda de Carlos.



Y lanzando un desgarrador alarido de terror y repulsión, cayó sin sentido

FURIO

I

Érase una vez un joven guapo y nada tonto, como tampoco vano, lo cual es más raro: ó quizás lo fuera, pero de un modo franco y abierto, que no desagradaba. Y no de aquellos mancebos apuestos, que á algunos les parecen regulares y á otros no gustan, sino que agradaba á todos. Se le hubiera podido comparar con uno de esos jóvenes de que hacen mención tan frecuente las novelas francesas y son tan raros por fortuna en el mundo real, que por dondequiera que pasan dejan rastro de desavenencias conyugales, de melancolías de muchachas engañadas, de iras de enamorados, y á todo atavío que adoptan, el novelista hace que caiga sobre ellos de alguna claraboya un rayo de luna ó de sol, y les aplica una similitud sacada de algún cuadro ilustre.

Al pensar que había estado acostumbrado desde niño á sentirse pasar por debajo de la barba la mano blanca de las señoras, á que le besuquearan las jóvenes, á ver siempre á sus padres en adoración ante él, á hacerse perdonar alguna travesura con una salida graciosa, era cosa de maravilla que hubiera crecido sin humo en la cabeza, sin afectación, bueno, franco, llano, que se hiciera querer de todos, ó al menos no desagradara á nadie.

Cuando le gastaban una broma sobre su belleza, él mismo bromeaba, sin que en ninguna de sus palabras se notase el menor asomo de vanidad, y enumeraba con mucha sencillez